



ATENEO 2009

“2039, un ejercicio de Futurología”

RELIGION, ETICA Y MORAL FUTURAS

por el Q.: H.: José Luis Najenson

Enfocando el tema desde una óptica básicamente literaria, creo que, hasta ahora, el único viaje posible por el tiempo, tanto al pasado como al futuro, es la narrativa histórica o la de anticipación. Pero intuyo que, si algún día ese terrible anhelo del traslado temporal se realiza, nos encontraremos con otra narración; jamás con la historia tal como ha sido o será verdaderamente. Quizá porque, así como la vida, aun siendo efímera, es, paradójicamente, lo que más se parece a la eternidad, la literatura, incluso la de ficción, es lo que más se parece a la vida.

Y a aquéllos que exigen de la narrativa histórica una sujeción estricta a los hechos, y de la futurista una sumisión a la probabilidad o a las tendencias dominantes -con lo cual confunden literatura e historia o ciencias sociales- les recordamos que estas disciplinas no sólo se equivocan a menudo, adrede o sin saberlo (como también ocurre en las mal llamadas ciencias exactas), sino que a veces no tienen qué decir y tergiversan los hechos para tener qué decir, como ha ocurrido con muchos acontecimientos cruciales del pasado y del presente. Nunca sabremos exactamente qué pasó en la Conferencia de Yalta o en las de Camp David, o en Sabra y Shatila.

El escritor miente, pero no es el único; si bien es el único que miente a sabiendas y lo reconoce. El historiador, el antropólogo, u otros cultores de las ciencias del hombre, pretenden buscar y decir la verdad, aunque no

siempre consigan hacerlo. Tampoco puede exigírselo al escritor ecuanimidad con respecto a sus personajes; ya que una novela histórica o de fanta-ciencia sin pasión, sin amores ni odios, no pasaría de ser una crónica aburrida e insulsa. Sin el pathos de las preferencias y aversiones, aunque se crea que se posee el ethos de la neutralidad valorativa, no habría novela ni cuento de ninguna especie, y mucho menos de temática histórica, ya sea dirigida al ayer o al mañana. Pues más objetivo que la presunta neutralidad es el reconocimiento de los valores implicados, incluso en las obras científicas; ya que el lector sabe a qué atenerse de antemano y puede corregir por sí mismo las inevitables deformaciones más evidentes, a menudo desapercibidas por la supuesta objetividad (o neutralidad), que nunca se consigue de todos modos.

Por eso, y como soy sobre todo un escritor, a pesar de mi coqueteo con otras musas, he preferido, a modo de exposición sobre el tema, contaros un cuento breve de anticipación histórica, fechado a finales de 2039, que toma partido; tiene sus héroes y villanos, vencedores y vencidos. Tomar partido es tan propio de la literatura como del pensamiento filosófico, la política, o la guerra, así como de los mil y uno dilemas de cada uno, cada día; es decir, otra vez, la vida misma. En cierto modo, es continuar la historia del pasado, o vislumbrar la del futuro, por “otros medios”, los de la fantasía y el clamor -si es que se está de alguna manera más cerca de las víctimas - en aras de una imaginaria justicia. El relato prometido se titula:

INSOMNIO EN EL IMPERIO VERDE

Amán Din Ejad, Tercer Gran Visir del Gran Califato de Quom, el Imperio más vasto que conoció la historia, no podía conciliar el sueño, a causa de un sueño. Parece una paradoja, pero ese sueño no era como los demás, se le aparecía en plena vigilia y también durante el insomnio infinito de las noches. Era como una visión agorera que lo torturaba, algo que ocurría en la Santa Piedra de la Caaba, a un tiro de piedra de su palacio. Aquel año 60 de la Revolución Islámica en Irán (2039 del ya casi obsoleto calendario de Occidente, que sólo seguían unas pocas naciones en las fronteras del Imperio), habían logrado traer a la Capital, desde la Meca, el objeto de culto más reverenciado de su religión. Ello fue posible gracias al poder incontestable de la potencia iranía, no obstante la oposición pasiva de todos los árabes y otros fieles a trasladar la venerada reliquia.

En su soñar despierto, Amán veía unas extrañas palabras grabadas en la Caaba, que no comprendía, y luego ésta se partía en pedazos, así como su propio palacio, el del Gran Calif, y todas las mezquitas del Gran Califato. Como el sueño persistía, llamó a los ulemas-brujos y derviches magos más famosos, para que le quitaran el insomnio y el aborrecido sueño. Al cabo de unos días, éstos admitieron su fracaso.

- *Señor Gran Visir -dijo el sátrapa de los hechiceros- no hemos podido hallar las causas de tu mal, que aqueja también al Gran Califa, y cuyos efectos parecen ser contagiosos, ya que también nosotros empezamos a sufrirlos. Sólo podemos afirmar que un gran peligro os amenaza, a Vos y a todo el Califato.*
- *Para deducir esto no os necesito a vosotros. –Amán ordenó ejecutar a todos ellos, y mandó a buscar a los mejores médicos, psicólogos y herbolarios.*
- *Disponéis de siete días y siete noches para resolver el problema, después de los cuales correréis la misma suerte que vuestros desafortunados rivales.*

Al cabo de ese lapso, el Psicólogo en jefe le dijo:

- *Señor Gran Visir, aunque no hemos podido descifrar el enigma, os recomendamos recurrir a vuestra conciencia, porque allí está el origen del malestar, quizá en un sentimiento de culpa moral. Explorad vuestros pensamientos y acciones.*

Amán dio orden de ahorcar a la mitad de ellos, y encarcelar a la otra mitad como rehenes. A la noche, en su andar insomne por el laberinto del palacio, reconoció por sí mismo, a regañadientes, que sus actos, y por ende los del Imperio (ya que su poder era virtualmente equiparable al del Gran Califa), dejaban mucho que desear desde un punto vista moral universal: *Habían engañado a los árabes para quitarles la piedra sacra, aplastado a los sunitas hasta convertirlos por la fuerza, mentido a los occidentales hasta que fue demasiado tarde para impedir su posesión de bombas atómicas, y, sobre todo, eran culpables de haber arrojado dos de éstas solamente para convertirse en el máximo poder de Oriente y luego en amos del mundo. Nadie los amenazaba, no necesitaban esas armas para su defensa sino para la conquista, en la que murieron millones de seres humanos. Hasta sus víctimas “infieles” fueron mejores que ellos, al negarse a recurrir a una venganza atómica.* La desazón que esta reflexión le produjo, lo instó a decretar la eliminación de los psicólogos, psiquiatras y afines, que aguardaban con pesimismo su veredicto.

Después de ello, Amán fue a visitar al Gran Califa, Rajola Qushmeini IV, que yacía en su lecho, más desesperado aún que él mismo por su insomnio y mucho más débil a causa de éste. Ambos decidieron consultar a los filósofos, aunque éstos estaban bastante raleados por las influencias occidentales que todavía subyacían en su pensamiento, no obstante su probada fidelidad y observancia. El Decano de los filósofos se arregló a

decir lo que pensaba, a pesar de lo que le había ocurrido a los otros especialistas:

- *Señor de Todos los Fieles, Señor Gran Visir. Si bien la ética es un saber occidental, de origen helénico, hay lugar en nuestra fe para una especulación sobre los fundamentos de la moral religiosa. Por ejemplo, dos aspectos diferenciaban nuestra concepción de la de los sunitas, cuando eran la versión mayoritaria; ellos daban por concluido el ciclo de la profecía y negaban la interpretación alegórica del Corán, a diferencia de nuestra concepción chiíta, la de los seguidores del verdadero Califa Alí, yerno de Mahoma, que aceptamos ambas cosas. Por eso tuvimos sabios Imanes y exégesis más profundas del Libro Sagrado cuando éramos, sin duda, la secta más perseguida del Islam. Pero cuando fuimos poder, primero en Irán y luego en el mundo, perseguimos a los sunitas y a los sufíes, quizás más cruelmente de lo que ellos nos persiguieron a nosotros. Nos tornamos intransigentes, y el dogma empobrece, estanca. Más aún, cuando nos dejamos influenciar por la corriente fundamentalista y la tomamos como bandera. Sobre todo, fuimos intolerantes en extremo con el pueblo y el Estado judíos, sin recordar que una sura del Alcorán los considera como la primera nación elegida, y reconoce que la Tierra de Israel es la suya. Hoy queda sólo un remanente de ellos, pero sobrevivirán, como otras veces en su larga historia. También arrasamos con los palestinos, que no quisieron abrazar el chiísmo, y con otras naciones rebeldes por diversas causas. Nunca recuperamos la frescura, creatividad y pureza de nuestros primeros siglos. El poder excesivo corrompe y atrofia. Pensad en cómo volver a los valores de esa primera época y el síndrome del insomnio y el sueño, que también nos ha caído a nosotros, desaparecerá.*

Disgustados con esta visión autocritica, ambos, Amán y Qushmeini, condenaron a los filósofos a morir envenenados como Sócrates. Por último, decidieron dar el paso más arriesgado y consultar a los ayatolas, teólogos y maestros, la casta que había fundado y mantenido el Imperio. Era el paso más osado, porque los dos mandatarios creían en ellos, en su guía e inspiración, y sus familias estaban emparentadas. Como fervientemente lo esperaban, los Mulaj principales, reunidos en conciliáculo, negaron estar afectados por el insomnio o el sueño, aconsejándoles mayor represión aún contra los disidentes y opositores al régimen, los exiliados e, hipócritamente contra todos los que creían en esa posesión “demoníaca” de ambos síntomas.

- *El Diablo engaña -afirmaron- porque esa es su única habilidad y en ella reside su poder. Miente porque nada posee y todo está en manos del Omnipotente que lo posee todo. Nuestra religión, la única verdadera, no miente ni desilusiona. Ella es nuestra fuerza, y nos*

redimirá también de esta traición a la que el demonio incita en el interior de cada uno.

Alborozados por esta respuesta, Amán y Qushmeini aumentaron la represión a todos los niveles, dentro y fuera del Imperio. Sin embargo, el insomnio y el sueño se extendieron aún más, y las multitudes vagaban por las calles sin sosiego ni solución a sus pesares. Muchos escribían las incógnitas frases grabadas en su mente como un modo de conjurarlas, pero desconocían el idioma en que estaban escritas, y todo fue en vano; quedaron todavía más desorientados.

Con un último, desorbitado intento, Amán, Qushmeini y sus adláteres, así como gran parte de sus súbditos, se entregaron a una orgía de desenfreno, plena de sexo y alcohol (aunque eso les estaba prohibido por la ley sacra), en un esfuerzo por olvidar el insomnio y todo el episodio del sacrílego grabado en la roca que era el ombligo del universo. Cuando esto también hubo fracasado, cundió la desesperación.

En ese momento crucial, la primera y ya no joven esposa del Supremo Califa les hizo acordar de Baltasar, el último sobreviviente de la desaparecida judería de Teherán, condenado a prisión perpetua en una mazmorra desde hacía diez años, por haber sido un lector y estudioso clandestino de textos y temas prohibidos. Fue gracias a la intervención de la misma Primera Dama que había conservado su vida, en virtud de un sueño que ésta había tenido y que él interpretó, salvándola de un gran peligro. Ella, agradecida, logró, a riesgo de la cólera de su marido, que condonaran la sentencia de muerte. Y después de un tiempo, ya todos se habían olvidado de su existencia. Pero la, aún bella Primera Dama, aprovechó las penurias del Califa, que “no llamaba mujer en la noche”, para adueñarse del tálamo real y convencerlo de que sólo el olvidado prisionero podía develar el misterio.

Traído al fin ante el Supremo Califa y el Gran Visir, le fue prometida la libertad del exilio si conseguía hacerlo. El cautivo leyó el mensaje indeleble con una voz que no era la suya.

- *El mensaje está en arameo, tal como fue escrito en el Libro del Profeta Daniel (V-25,28), y dice así: “Mene, Mene, Tekel Uparsin, lo cual significa: Mene: contó Dios tu reino, y le ha puesto fin. Tekel: pesado has sido en balanza y fuiste hallado falto. Peres: Tu reino ha sido roto y dado a los medos y los persas”*
- *¡Mientes! -barbotó el Señor de los Creyentes- ¡Nosotros somos los medos y los persas!*

- *Os equivocáis -repuso Daniel Belasar imperturbable- vosotros sois iranios; los verdaderos medos y persas eran y son los auténticos hijos de esta tierra antes de la invasión de vuestros antepasados desde Arabia. Pero ellos no grabaron las letras en la piedra, que adoráis como a un ídolo, sino la mano invisible del Dios verdadero, Rey del Mundo y Hacedor de todo.*

Enceguecido otra vez por la furia y el miedo, Amán y Qushmeini mandaron a encerrar nuevamente a Belasar y mortificarlo hasta que reniegue de sus palabras. Pero el sabio no claudicó, y los dos tiranos no recuperaron su sosiego ni tampoco pudieron conciliar el sueño, nunca más. Los deudos de los inocentes asesinados empezaron a conspirar ocultamente, y muchos de los ayatolas remanentes de la masacre de su casta en las recientes persecuciones, comenzaron a dudar de su fe. De la devastación resultante, que marcó también el fin de su religión y el desmembramiento del Califato, surgió un nuevo y viejo credo, renovado, que había tenido origen en ese milenario país, el culto de Zoroastro, que ensalzaba a un dios benéfico y abstracto simbolizado por la Luz en su combate sempiterno con la oscuridad del mal y la ignorancia.

Poco antes de la debacle total de su imperio, en las postrimerías de ese mismo año de 2039, los dos exhaustos mandatarios, ya vencidos, volvieron a requerir la presencia del insigne preso, arrepintiéndose de todo lo que habían hecho hasta ahora.

- *Es demasiado tarde -les dijo aquél, por fin liberado- cada tiranía lleva en sí misma el germen de su destrucción, que está sobre todo en las fallas de su moral, ética y religión. El Señor de los Ejércitos, loado sea su Nombre, cumple su promesa escrita en la piedra de la Caaba, así como se cumplió la de la “Escritura. en el Muro” del palacio del Rey de Babilonia. Ambas sentencias fueron escritas con las mismas palabras.*

* * *